

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Lluís Planas, monje de Montserrat
21 de enero de 2018
Jn 3, 1-5.10 // 1 Cor 7, 29-31 // Mc 1, 14-20

Hoy, entre las dos primeras lecturas hemos oído que el salmista cantaba: « Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas: haz que camine con lealtad; enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador». Justamente esto es lo que hemos visto que Jesús proponía al principio del evangelio que hoy hemos escuchado. Decía a los galileos y nos lo ha dicho también a nosotros: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio». Pienso que puede ser bueno que pensemos cada frase.

«Se ha cumplido el tiempo». Muchos hemos podido experimentar, a lo largo de nuestra vida, que nos hemos encontrado con oportunidades que hasta nos eran inesperadas. A menudo nuestra vida es un tejido de hechos cotidianos; ya sabemos qué pasará cuando rutinariamente hacemos lo mismo; y pasa que haciendo lo mismo pensamos lo mismo, tenemos las mismas actitudes, parece que vivimos instalados en una especie de noria que siempre da vueltas alrededor de las mismas cosas; pocas cosas cambian dentro de nosotros. Y cuando hay un cambio lo queremos controlar para que no nos trastorne demasiado y haga tambalear nuestra manera de hacer y de ser. Cuando Jesús anuncia que ha llegado la hora nos anuncia un cambio, nos anuncia una oportunidad. La cuestión será si estamos dispuestos, si estamos preparados, para aceptar este cambio y si vemos este cambio como una oportunidad.

Este futuro que Jesús anuncia es claro: «está cerca el reino de Dios». ¿Qué debemos entender por Reino de Dios? Pienso que todos lo intuimos: tenemos la oportunidad de que los valores de Dios, su mirada, sus gestos, su manera de entender las cosas se implante en nuestra vida de cada día. Y esto nos traerá cambios en nosotros si estamos dispuestos a que la vida aumente en profundidad. Y Dios será el primero en todo, de tal manera que San Pablo les dijo a los corintios, que la oportunidad de Dios cambiará el orden de prioridades, la mujer, el llanto, estar contento, el comprar, el provecho, no es lo esencial de la vida. Y recomienda que « el momento es apremiante ... porque la representación de este mundo se termina». Quizás dentro de nosotros surge un sentimiento de riesgo. Pero el riesgo del Reino es, sobre todo, vivir en la comunión con el amor de Dios. Esta es la clave de la profundidad que podemos vivir en el Reino de Dios.

La proclamación de Jesús ha continuado: «Convertíos». Esta es la condición que nos pone. En la primera lectura hemos visto un modelo de conversión. Jonás les habla de una oportunidad: tienen sólo cuarenta días, según el relato que nos ha llegado. La reacción de los ninivitas fue unánime: « proclamaron un ayuno y se vistieron con rudo sayal, desde el más importante al menor». Es como si dijéramos: hicieron unas prácticas ascéticas para cambiar sus hábitos. Se trata de un esfuerzo personal. Y hemos escuchado que: « Vio Dios su comportamiento, cómo habían abandonado el mal camino». También hay otro modo de entender la conversión: dejar que Dios vaya penetrando el propio corazón, siguiendo sus huellas, como hicieron sus discípulos, escuchando su palabra de tal manera que sea la palabra de Dios la que guíe las intenciones del propio corazón. Esto es lo que vemos hacer a los discípulos a lo largo del evangelio. Un empaparse de la sabiduría de Jesús. No vemos hacer esfuerzos ascéticos por parte de los discípulos, sino que van aprendiendo de Jesús su manera de hacer, y van descubriendo la manera de ser de Jesús.

Y le obedecen cuando no dudan de la llamada que Jesús les hace: «Venid en pos de mí». Y esta es la última parte de lo que anuncia Jesús al comienzo de su predicación:

«Creed en el Evangelio». Este creer es lo que acontece decisivo. Creer es, en definitiva, decirse "me fío de ti Señor". Hago más tus palabras. "E intento hacer lo que tú haces. Y no hago nada en mi nombre, sino que soy instrumento de tuyo, Señor".

Me configuro, pues, en el amor de Dios que se manifiesta y se encarna en Jesús. Esta es la Buena Nueva. Porque Jesús ha venido a levantar el que ha caído, curar el que está malherido, a perdonar el que es juzgado y condenado socialmente, a compadecer al que tiene necesidad de ser acogido en la misericordia. Y eso es lo que tendrán que aprender a hacer sus discípulos, y eso es lo que tenemos que aprender a hacer todos nosotros. Por eso hemos de repetirnos una y otra vez lo que respondíamos al salmo que he recordado al comienzo: «Señor, enséñame tus caminos».